CRUCES DE NUESTRO SUELO.

Apuntes arqueológicos

Desde remotos tiempos, acostumbraron los cristianos colocar el signo santo de nuestra redencion en las cercanías de las poblaciones, á su entrada, en encrucijadas y plazas, y, aun, á veces, en medio de solitarios campos. Esa piadosa costumbre era una noble profesion de fé; una confesion expresiva que á todas horas pregonaba lo que se creia y adoraba, y, á la vez, que un solemne recuerdo y una advertencia elocuente para el pecador, era un consuelo para el alma agobiada por el dolor y la desgracia. En aquel signo fijaban todos sus miradas, y al invocarle, ricos y pobres, sanos y enfermos, ignorantes y sabios sentian su espíritu fortalecido y consolado, y preparábanse con nuevos bríos á seguir la vía dolorosa de la vida.

El arte cristiano de la edad media enriqueció con sus primores la mayor parte de esas cruces de piedra, y era natural que asi lo hiciese, porque aquellos artífices que de tal elegancia de forma supieron revestir los objetos más vulgares, no habian de mirar indiferentes al que simbolizaba la sacrosanta Religion.

Esa costumbre, general en toda la Cristiandad, tenia que seguirse con entusiasmo en nuestro religiosísimo país basco-nabarro, y, en efecto, apenas hubo en esta region pueblos que no elevasen en sus umbrales, ó en su recinto, cruces esculpidas, de las que todavía se conservan curiosos ejemplares, por más que son muchas las que, desgraciadamente, han desaparecido.

Escasas son las que quedan en Europa de la época en que floreció la arquitectura románica, cosa, en verdad, poco extraña, si se recuerda que no era posible sufrieran impunemente los estragos del tiempo y el vandalismo de los hombres en el dilatado período que media desde entónces hasta nuestros dias; el célebre arqueólogo Mr. de Caumont

solo cita en Francia una que se ha conservado íntegra: la cruz de piedra de Grisy, en el Calvados, situada junto á la vía romana.

Pero Nabarra, que tan inmensa riqueza monumental atesoró en los siglos medios, riqueza de que aún conserva restos notables, como testimonio elocuente de su grandeza pasada, guarda algunos ejemplares de aquellos remotos tiempos, notándose entre ellos la cruz de Roncesvalles, llamada de los *Peregrinos* emplazada á corta distancia de la célebre y antiquísima Colegiata.

Esa cruz, descrita por renombrados escritores, descansa sobre un pilar cuadrangular, elevado sobre algunas gradas; en su frente hay dos figuras en relieve bajo arcos de medio punto; encima una inscripcion ilegible ya, sobre la que en una especie de capilla se ve la imágen de la Sma. Virgen de Roncesvalles, con corona mitrada y teniendo en sus brazos al Niño-Dios, coronando el monumento la cruz propiamente dicha en la que aparece enclavado Nuestro Señor.

Este monumento, situado en medio de heladas selvas, á pesar de la crudeza del clima y de las guerras que asolaron aquellas comarcas, ha podido llegar hasta nosotros y conservarse firme gracias á los cuidados y respeto de que le rodean nuestros piadosos montañeses; sus figuras esculpidas, aunque incorrectas presentan especial interés para la historia del arte.

Generalmente, las cruces de los siglos XI y XII tienen la forma de las que coronan las iglesias de aquella época, y rara vez representan figuras, reduciéndose su ornamentacion á combinaciones geométricas, análogas á las que se ven en las archivoltas de los pórticos románicos. En el siglo XII, empieza á notarse alguna vez en las cruces la imágen de N. S. Jesucristo; represéntasele vestido de larga túnica con mangas; despues reemplázase esta por una especie de enagüilla; cubre su Divina Cabeza una corona ó un birrete, rodeándola con un nimbo crucífero, y sus piés, colocados uno al lado del otro, están clavados con un clavo cada uno.

El nuevo estilo *ojival,* que, tímidamente combinado con el románico, constituye en las postrimerías del siglo XII el estilo de transicion, triunfa ya en los principios del XIII; adquiere en sus promedios singular perfeccion, y fija esos caracteres grandiosos y elegantes á la vez, ligeros, puros y *espirituales,* si así puede decirse, que han de constituirle en el estilo cristiano por excelencia. Aquella evolucion del arte se refleja en todas las manifestaciones de este; todo parece animado

de un irresistible impulso hácia el cielo; las bóvedas de las iglesias se elevan prodigiosamente; las ventanas se rasgan; las columnas se adelgazan y prolongan agrupadas en haces; las torres se lanzan á lo alto y ocultan la cruz de sus piramidales agujas entre nubes, y muros, galerías, contrafuertes, botareles y pórticos puéblanse de estátuas de sencilla y piadosa actitud, cuya expresiva espiritualidad hace olvidar lo grosero de la materia de que las formára el hábil escultor, y constituyen los habitantes misteriosos é imponentes de aquellas ciudades silenciosas donde se alberga Dios.

La forma de las cruces, á que hoy nos referimos, se modifica tambien con arreglo á las nuevas tendencias del arte; su árbol ó fuste se adelgaza y prolonga, ostentando la forma poligonal, formando delicados haces, ó representando torreoncillos ornados de pequeños y airosos contrafuertes y calados botareles. Sobre el fuste descansan cornisas enriquecidas con adornos que generalmente representan ejemplares de la flora indígena, ó capiteles iconísticos, los cuales sirven de pedestal á la cruz, en uno de cuyos lados se ve la imágen de Nuestro Señor y en el otro la de su Santísima Madre la Vírgen María.

La exuberante fantasía de los artífices de aquellos tiempos se reflejaba fielmente en esas como en todas las obras que ejecutaban, y las revestian de las formas y detalles más caprichosos; con frecuencia, veíanse á los piés de la cruz las estatuillas de los que las costeaban ó erigian, en actitud orante, ó sus escudos de armas, ó banderolas y filacteríos, que encerraban textos de los libros santos ó inscripciones conmemorando la construccion del monumento, escritas en aquellos elegantes y severos caracteres monacales que por sí solos constituian un verdadero adorno.

Las cruces se modificaron tambien en los siglos XIV y XV, sufriendo las alteraciones del estilo ojival secundario y terciario; en el XVI se adaptan al del Renacimiento elevándose sobre fustes y capiteles del gusto neo-clásico, y en el XVII participan de las aberraciones del Churriguerismo.

Las cruces de los siglos XIV, XV, XVI y XVII, son numerosas en nuestro país. En Nabarra existen muchísimos ejemplares, entre los que recordamos, aun cuando no sean los mejores, la *Cruz del Mentidero,* emplazada antiguamente en la confluencia de las calles de *Calceteros, Estafeta y Mercaderes* de Pamplona y trasladada despues al cementerio de dicha ciudad; la cruz blasonada de Ujué; las de Tafalla

y otras de algunos pueblos de la montaña y de las comarcas de Estella y Puente y ciertas villas de la ribera.

En Guipúzcoa y Alaba son tambien bastantes las que aún se conservan, y Bizcaya, sobre todo, es, despues de Nabarra, la que guarda más números y mejores ejemplares, entre los que merecen mencion especialísima, la magnífica cruz iconística de Durango, que constituye para aquella villa una joya monumental de inevaluable precio, y las notabilísimas de Elorrio.

Como ya hemos dicho, toda la Europa cristiana estuvo poblada en la época medio-eval de esos piadosos monumentos, y en ningun país fueron, quizá, más numerosos que en la católica España; hoy, desgraciadamente, una gran parte ha desaparecido víctima de los estragos del tiempo, y más aún del vandalismo y de la incuria de los hombres. Aquellos signos sacrosantos que conmemoraban frecuentemente hechos gloriosos, fechas memorables, mercedes insignes del cielo, ó eran prendas de perdon y arrepentimiento; aquellas benditas cruces que extendian por igual su sombra protectora y sus brazos amorosos sobre poderosos y débiles, sobre la inocencia y el arrepentimiento, y á cuyo pié depositaron sus lágrimas y sus plegarias tantas generaciones, yacen por tierra, proclamado, á la vez que la depravacion del gusto artístico, la decadencia de los sentimientos religiosos.

Ya que la piedad de nuestros antepasados ha conservado en nuestra amada tierra muchos de esos venerandos monumentos, guardémoslos con especial esmero y consagrémosles, sobre todo, el cariñoso respeto que les debemos por lo que simbolizan. ¡Cuándo mejor que en estos menguados tiempos de profundas dolencias morales puede recordarse aquella tierna invocacion escrita al pié de la cruz en las tristísimas leproserías de la Edad Media,

«Ave Crux, spes unica!»

Las ruinas despreciadas de los monumentos pregonan la falta de cultura de un país; pero las cruces arruinadas representan algo más grave y desconsolador: la ruina de las creencias y la degeneracion del sentido moral; porque, como dijo el inspirado Trueba, á ellas está unida la suerte del país donde se alzan.

«Y cuando las cruces caen
¡ay de los pueblos!»

JUAN ITURRALDE Y SUIT.